

JESUS MARIA ALEMANY

Sin tregua en India

El autor relata en este artículo algunas de las impresiones y reflexiones suscitadas por un reciente viaje a India, realizado al margen de los circuitos tradicionales. El viajero se encontró con un país inserto en pleno programa de ajuste estructural con el que el primer ministro, Narashima Rao, del Partido del Congreso, pretende reconducir la economía india hacia el mercado mundial y crear una nueva clase media. En un nacionalismo incentivado por el enfrentamiento entre hindúes y musulmanes, las posibilidades de convivencia religiosa y el más o menos pretendido laicismo del Estado siguen descansando algunas de las claves del inmenso país.

Jesús María Alemany es jesuita y director del Seminario de Investigación para la Paz de Zaragoza

Me embarqué hacia India fuera de los circuitos del turismo estereotipado. Ahora confieso mi culpa de haber querido comprender algo de un continente que no ha dado tregua a mi mente ni a mi corazón. Adi Godrej, presidente de una de las mayores industrias de Bombay, ha afirmado sin vacilar: "India y China son como los dos motores de un avión. Los dos países ayudarán a que la economía mundial despegue en el siglo XXI". El informe sobre Desarrollo Humano 1994 del PNUD sitúa, sin embargo, a la India en el puesto 135 entre los 173 países del mundo y señala que un 40% de sus habitantes vive dentro de una pobreza absoluta. ¿Quién tiene razón? ¿O acaso la tienen los dos?

Cuando volaba sobre Estambul y Teherán, intentaba prepararme para un encuentro largo tiempo esperado y ocultamente temido. He encontrado gente que me han dicho que no tenía un estómago lo suficientemente fuerte como para visitar India. Siempre me pareció una exageración. Pensaba en la desmesura con que me iba a confrontar. Un territorio de 3.287.590 Km² y 900 millones de habitantes. En 1960 eran 442,3 millones. La población se ha duplicado, por tanto, en estos 30 años a un ritmo del 2,2% anual. India saluda cada comienzo de año con casi 20 millones más de ciudadanos, más de la mitad de la población española, y espera doblar el siglo con 1.010 millones. Tiene un idioma oficial, el hindi, y otro asociado, el inglés, y reconoce otras 14 lenguas, pero son 4.000 las lenguas y dialectos utilizados por el pueblo. 1.265.000 militares y 675.000 agentes de policía tienen a su cargo la defensa y el orden. Pero ¿cuál es el orden en un país no sólo desmesurado cuantitativamente sino tremendamente complejo en sus paradojas?

Me sorprendió la belleza de Nueva Delhi. Vivo en una ciudad donde el Ayuntamiento ha encontrado la veta de las plazas duras y de diseño, sin contemplaciones para los estresados por el cemento. Quizá por eso sentí paz en las amplias avenidas de césped y jardines, en el abundante arbolado omnipresente, en los parques bien cuidados, en edificios y monumentos señoriales. Recorrí horas y horas, sobre todo al atardecer, una ciudad de amplios horizontes sin la menor inseguridad y sin ser molestado. Es verdad que si uno se pone la cámara fotográfica al hombro y adopta el habitual aire de atolondrado turista será rodeado por una muchedumbre de lisiados y pedigüños, de vendedores y guías. La necesidad agudiza el ingenio para timos bien discurridos. Pero a fin de cuentas, como decía con una sonrisa de comprensión un sabio jesuita, Dios creó a los turistas para ser estafados.

Bellos parques y ajuste duro

El Raj Path es la más impresionante de las avenidas de Nueva Delhi, en la que cada 26 de enero, día de la República, se celebra uno de los más vistosos y coloristas desfiles militares del mundo. Al fondo se divisa la India Gate o Puerta de India, memorial de la Primera Guerra Mundial, con sus imponentes 42 metros de alto. El extremo oeste de la avenida desemboca en los edificios del Parlamento, del Presidente y del Gobierno. En 1991, tras el asesinato de Rajiv Gandhi, el Partido del Congreso volvió a tener mayoría relativa y ocupó el puesto de primer ministro Narasimha Rao, anciano septuagenario de amplia experiencia para un trabajo de transición. Pero Rao tomó con fuerza primero las riendas del partido en 1992 y, después, los problemas del país. Una vez más, hombres presuntamente de transición resultan claves. He preguntado por Rao a lo ancho del país en numerosas conversaciones informales y he sacado la impresión de que su labor es contemplada como positiva por una considerable mayoría de mis interlocutores a la vista de los gravísimos problemas con que ha tenido que enfrentarse. Pero el juicio favorable es más claro entre los empresarios y los diplomáticos. La explicación no es difícil.

Rao se ha alejado del camino nerhuniano en economía y ha emprendido un durísimo programa de ajuste estructural. La liberalización pretende sacar al país de su pésima situación haciendo el tránsito de una economía controlada y protegida hacia una integración en el mercado mundial. Para ello hay que someterse a todas sus exigencias. India se ha embarcado con enorme velocidad en las reformas preconizadas por el neoliberalismo dominante. Las inversiones extranjeras y las exportaciones han crecido, como síntoma de la alegría de inversores y empresarios. A lo largo de múltiples conversaciones puede constatar que los medios financieros e industriales apoyan con fuerza la reforma. Durante mi estancia visitaba India una amplia delegación de empresarios españoles, con el apoyo del joven y dinámico diplomático que dirige la Oficina Comercial Española en Delhi.

Nadie duda de que una reforma era necesaria tras el fracaso de la política económica de los 40 últimos años. Pero no todos se sienten tan alegres. Estamos viendo en Occidente la repercusión de las políticas neoliberales en los más desfavorecidos y la fragmentación de la sociedad. ¿Qué precio deberán pagar en India, y cuántos millones de personas, por un ajuste duro? ¿Podrá el país soportar el malestar social que puede crearse y la consiguiente inestabilidad política a gran escala? La idea de Rao parece ser la de crear una nueva clase media aumentan-

do al menos en 100 millones el número de consumidores y proporcionando base suficiente al sistema, tradicionalmente polarizado entre los privilegiados y una mayoría sumida en la pobreza.

Me acercaba como paquete en una moto para visitar el lugar en que fue incinerado Gandhi cuando el tráfico se hizo muy difícil. Una manifestación de gente muy humilde y en su mayoría descalzas, en perfecto orden pero visiblemente indignada y motivada, protestaba contra las consecuencias del ajuste económico del Gobierno. El grupo no pasaría de 2.000 personas. Quizá tenga parte en la resignación de los desfavorecidos la misma religiosidad hindú. En todo caso, esta manifestación era mi primer encuentro con los que pagarán el precio de la reforma. Después de dejar Nueva Delhi, bellísima entrada en India, por las aldeas perdidas del Gujarat y de otros estados, iba a encontrar muchas más dudas en el contacto con la mayoría, que son los pobres. Ví que personas bien intencionadas, tanto de las iglesias como de la cooperación, están enseñando desde abajo formas alternativas de resistencia económica y de autosubsistencia, para hacer frente a una más que probable nueva marginación. En esta postura son particularmente activas las mujeres, porque ellas más que los varones conocen bien el esfuerzo que cuesta conseguir la comida, acarrear el agua lejana, mantener la salud de los hijos. Por eso aprenden antes a organizarse.

El síndrome de Ayodhya

Benarés es la ciudad sagrada del hinduismo a orillas del Ganges. También es la universidad más importante para el sánscrito y el taller de donde salen los más bellos sharis de la India. Fue una suerte encontrar a Alvaro, hijo de una muy conocida familia española, sencillo y dulce, inculturado en el ambiente hindú, con aire de franciscano secular. Era una compañía inapreciable para adentrarse en el Ganges, que no es sólo un río sino una cultura y una religión. Tomar una barca al atardecer y al amanecer, ser testigo de la puesta y de la salida del sol, dejar caer en la majestuosa corriente una hoja verde con su llama que se incorpora a las miles de lucécitas que avanzan hacia el mar, es un ejercicio de contemplación. En los numerosos *Ghat* con escaleras que descienden hasta el río, los peregrinos se postran en oración, toman sus baños rituales, realizan sus ejercicios corporales. A orillas del Ganges se incineran también los cadáveres. Quien muere a sus orillas, escapa al karma de las reencarnaciones y encuentra su definitiva salvación. Por eso, los más pudientes viajan a Benarés para morir. Y los que quieren hacer caridad, preparan hospederías para transeuntes pobres, con tal de que mueran en un tiempo prudencial.

El Ganges asombra e inspira, es costoso de digerir pero ayuda a la serenidad. Sin embargo, cuando desembarqué y, siempre con Alvaro, me adentré en un imposible laberinto de callejuelas, verdadero hormiguero de una muchedumbre en movimiento, me sorprendió el tremendo cordón policial que vigila los edificios religiosos, mezquitas y templos hindúes. La protección con alambradas y sacos terrosos de las mezquitas se da en muchas de las ciudades. Esa religión que se remansa en el Ganges paradójicamente se ha hecho fundamentalista y agresiva en el Partido Bharatiya Janata (BJP), cuyos tentáculos ideológicos se extienden a través de las asociaciones VHP (Asamblea Hindú Universal) y RSS (Asociación de Voluntarios Nacionales). Para el nuevo nacionalismo hindú ser nación e hinduismo se

Ví que personas bien intencionadas, tanto de las iglesias como de la cooperación, están enseñando desde abajo formas alternativas de resistencia económica y de autosubsistencia, para hacer frente a una más que probable nueva marginación.

¿Cabe pensar que hay intereses económicos en la actual oleada de fundamentalismo hindú?

identifican, por lo que musulmanes y cristianos deberían marcharse; los *adivasi* o aborígenes, contra lo que sabemos por la historia, son hindúes “anónimos”.

La beligerancia y agresividad de los nacionalismos hindúes encontró el apoyo de gran parte de la población, que les dio el gobierno en los cuatro estados federados del norte: Rajasthán, Himachal Pradesh, Madhya Pradesh y Uttar Pradesh. A pesar de mantener el laicismo del Estado que introdujo Nehru, el Gobierno de Rao no se atrevió a plantar cara más tajantemente a esta amenaza fundamentalista. El movimiento encontró un símbolo para la lucha en Ayodhya.

En el siglo XVI los musulmanes habían construido una mezquita en el presunto lugar del nacimiento del dios Ram. Los nacionalistas hindúes iniciaron una masiva campaña para construir un templo en el emplazamiento de la mezquita. Unos 200.000 militantes llegaron a Ayodhya, quedando fuera de control de sus mismos dirigentes. El 6 de diciembre de 1992 la mezquita fue destruida. La ola de violencias desatada causó aproximadamente 1.200 muertos entre musulmanes e hindúes. El deseo de venganza musulmana respondió con una serie de atentados que sólo en Bombay causaron 250 muertos en marzo de 1993. El síndrome de Ayodhya sigue sin desactivarse.

Los nacionalistas han cambiado el nombre de Ahmedabad por Ahmadabad para evitar el recuerdo musulmán. Cuando visité un hospital católico en esta ciudad, me llamó la atención la larga fila de mujeres musulmanas que estaban internadas. Cuando me explicaron la causa, quedé atónito. Se había comprobado que en algunos hospitales públicos se habían eliminado a los recién nacidos musulmanes; los médicos hindúes habían dicho a sus madres que los bebés habían fallecido en el parto o que no habían sobrevivido. Sea o no verdad, lo cierto es que son más las mujeres musulmanas que procuran buscar ahora hospitales cristianos para su parto.

Mis interlocutores discrepaban. Para unos, el Gobierno de Rao estaba tomando medidas para asegurar la laicidad del Estado y el respeto religioso a todos. Para otros, se había tranquilizado la situación cediendo a las presiones hindúes en perjuicio de los musulmanes. Presiones a las que no escapan tampoco los cristianos.

En todo caso, la convivencia futura en India deberá superar no sólo la crisis económica sino también la religiosa. Aunque cabe pensar que ambas no estén tan alejadas. Es consustancial al hinduismo el sistema de castas y la creencia en la reencarnación. La situación en la escala de las castas, aunque abolidas constitucionalmente vigentes en la realidad, se debe al comportamiento en la reencarnación anterior. No aceptar la propia situación en una casta inferior o como descastado, equivale a rebelarse contra el castigo merecido y, por tanto, volver a ser castigado en la siguiente reencarnación. Asumir con resignación la situación significa en cambio la posibilidad de ocupar un lugar superior en la reencarnación siguiente. A nadie escapa que en el marco de estas creencias queda poco lugar a la protesta social y a una sana rebelión. ¿Cabe pensar que hay intereses económicos en la actual oleada de fundamentalismo hindú? El pueblo es fácilmente manipulable cuando se tocan sus fibras más sensibles. Pero, quienes lo hacen ¿no empujan a la sociedad hacia creencias religiosas muy rentables socialmente a los más favorecidos? No son preguntas con clara respuesta, pero sí que es difícil dejar planteárselas.

Parece que el pueblo está un tanto asustado de que la violencia haya ido tan lejos. Durante mi estancia tuvieron lugar elecciones en varios estados y pudo comprobarse un retroceso electoral del BJP. ¿Será un hecho coyuntural o una

verdadera reacción que sirva a Rao para apuntalar la herencia de Gandhi y de laicidad de Nehru?

Cristo *dalit*

Hubiera sido imposible que las iglesias cristianas y su teología hubieran permanecido insensibles a esta problemática. India es uno más de los lugares que imponen el diálogo sincero entre las religiones como indispensable para la paz. Acompañé en su labor a algunos misioneros. No me pasó desapercibido su lenguaje al presentar el Evangelio: "Este es el camino de Jesús". Lo que equivalía a no querer juzgar ni comparar con otros caminos.

Pero la problemática es más profunda. De la mano de poder colonial llegó el Cristo "euro-eclesiástico". Hoy, la abundancia de vocaciones indias y el peso de la iglesia autóctona hace que este modelo quede reducido a círculos muy oficiales. La inclinación al diálogo entre las religiones a que antes aludía y la necesidad de contrarrestar el movimiento nacionalista hindú en su faceta más agresiva, hace que lúcidos intelectuales católicos busquen en la inculturación un rostro no occidental de Cristo. Existen antecedentes en la experiencia de Roberto Nobile, que se hizo *brahmán sanyasi* en el sur de India y cuyo ensayo se frustró por la incompreensión de Roma. ¿Qué posibilidades tiene el Evangelio para dialogar con el hinduismo y para inculturarse? En mis conversaciones he podido comprobar el profundo conocimiento del hinduismo y del sánscrito de muchos de los teólogos católicos, que han gastado largos años de su vida en el estudio y en diálogo.

Pero ha llegado una generación joven que rechaza la inculturación y el diálogo con el hinduismo. Si es consustancial a esta religión el sistema de castas, con su opresión de los más bajos y una doctrina que anestesia toda posibilidad de liberación, el referente del Cristo indio no es el hindú sino el *dalit*. *Dalit* significa roto, pisoteado, humillado. El Cristo indio es el Cristo *dalit* y desde él hay que juzgar también al hinduismo. Pude distinguir a algunos de los jóvenes estudiantes de teología entre el pequeño grupo que en Delhi se manifestaba contra las consecuencias sociales del ajuste duro.

Tres rostros de Cristo en el fondo de tres modelos teológicos: occidental, hindú, *dalit*. La teología, como la misma Iglesia, está en plena efervescencia en India y no será raro que un día tomara el relevo de América Latina en el papel de revulsivo de un cristianismo cansino. También aquí ¡cuántas preguntas todavía sin respuesta!

En India todo el mundo está en la calle. O al menos así lo parece, porque es difícil avanzar entre la marea humana. Fui al Taj Mahal menos para hacer turismo que para encontrar reposo. Cuando la mayoría de los visitantes se han marchado, todavía quedan tres horas en que el sol del atardecer se baña en el mármol y en los jardines con enorme paz. Intenté que se serenaran las paradojas y contrastes que había acumulado. Todavía no lo he conseguido.